

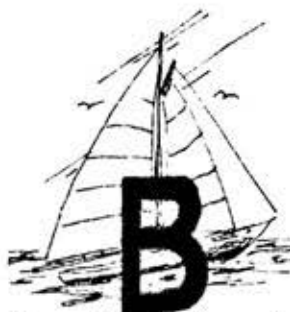
Comentarios de Libros

Por
Andrés ANDES

“JOSE MIGUEL CARRERA”

Autor: Fernando Campos Harriet

Editorial Orbe, Santiago, 1974.



BAJO EL SELLO de la Editorial Orbe, se terminó de imprimir en diciembre de 1974 una breve biografía de don José Miguel Carrera (120 páginas), de que es autor el profesor Fernando Campos Harriet, miembro de la Academia de la Historia y catedrático de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile.

Se trata de una bien documentada obra de divulgación sobre la azarosa existencia del prócer, escrita con metodología y objetividad por un historiógrafo desapa-

sionado que antes publicara, entre varios otros volúmenes, “La vida heroica de O’Higgins”.

El autor no puede, pues, inscribirse en la lista de los admiradores incondicionales del Padre de la Patria Vieja, pero tampoco echa sombras sobre su memoria, como ciertos historiadores que creen necesario mantener un antagonismo incongruente entre las dos figuras más relevantes de nuestra gesta libertadora. Bien lo dice el prólogo de Manuel Salvat Monquillón: “José Miguel Carrera es un héroe bastante discutido; sin embargo, el profesor Campos hace un relato objetivo y

soslaya, en beneficio de la verdad histórica, las posiciones más combativas. La imparcialidad del relato permitirá al lector la formación de un concepto cabal, desbrozado de todo apasionamiento".

Con acopio de referencias, Fernando Campos nos introduce en el hogar de los Carrera, al cual el prócer se mantuvo siempre estrechamente unido. Nos presenta al padre, don Ignacio de la Carrera, vocal de la Primera Junta de Gobierno y prestigioso patriota; a la madre, doña Francisca Verdugo Valdivieso, dama de carácter enérgico y acentuadas convicciones religiosas; y a sus hermanos, deteniéndose en la imagen de doña Javiera, que tanta influencia ejerciera sobre la vida y obra de José Miguel, de Juan José, el primogénito, y de Luis, el menor.

Dice al respecto: "Doña Francisca Javiera se jugó toda entera en la lucha de la Independencia. Cuando llega para sus hermanos la hora de la proscripción, dejó a su segundo marido, al cual amaba con toda su alma, a los hijos pequeños que idolatraba, a su anciano padre, que sólo vivía para ella, a su patria, su hogar, y siguió a sus hermanos por ciudades y pampas argentinas". Así fue, en realidad, esa noble y bella patricia que desempeñara destacado papel en la emancipación de Chile y que despertara la admiración de sus contemporáneos y de la mayoría de nuestros historiadores. Como anota el autor, sólo disiente de esa favorable opinión don Francisco A. Encina, cuya personal interpretación de los hechos históricos y del carácter de los personajes le hizo ver en doña Javiera Carrera una voluntad indomable empecinada en que su familia imperara al estilo napoleónico y responsable "de conducir a sus tres hermanos al triple patíbulo de Mendoza".

En apretada síntesis, Fernando Campos pasa revista a la extraordinaria acción del joven caudillo de 26 años, que a los veinte días de haber regresado al país, después de su brillante carrera militar en España, se había compenetrado plenamente de la coyuntura política y social y daba un vuelco completo a la tímida y tibia marcha emancipadora. En efecto, el movimiento del 4 de septiembre de 1811, planeado y ejecutado por José Miguel con la ayuda de sus hermanos, reemplazó a la Junta de Gobierno

que continuaba actuando "en nombre del muy amado Fernando VII", modificó radicalmente el Congreso Nacional con la separación de los realistas o sospechosos y la incorporación de patriotas decididos y exaltados, e impuso una serie de reformas verdaderamente revolucionarias. Cabe recordar, entre ellas, la Ley de Libertad de Vientres, el 11 de octubre de 1811, por la cual todo hijo de esclavo que naciera en Chile sería libre por ese solo hecho y todo esclavo que pisara suelo chileno quedaría en libertad después de permanecer seis meses en el territorio, medida que Fernando Campos califica certeramente como "la primera gran ley social dictada en Chile... que bastaría para justificar e inmortalizar ante la Historia toda la obra política y social de este prócer".

Pero no es sino a raíz del segundo golpe militar que Carrera asume directamente el poder y puede aplicar a fondo sus ideas republicanas. En ese lapso —15 de noviembre de 1811 a 13 de abril de 1813— que se conoce como el Gobierno de José Miguel Carrera, se reclutaron y adiestraron soldados, se formaron batallones, se armaron en guerra los primeros buques, se dictó el Reglamento Constitucional —esto es, la primera Constitución de Chile como estado soberano— que dio estructura orgánica a los poderes públicos, se crearon el primer escudo y la primera bandera y se fundó una imprenta, editándose el primer periódico, "La Aurora de Chile", en que Camilo Henríquez escribía sin ambages sobre la soberanía del pueblo y la independencia nacional.

En otras palabras, José Miguel Carrera creó los símbolos de la Patria y los medios para defenderla. Y así como don Bernardo O'Higgins es el Padre de la República, hay que reconocer en don José Miguel al alma de la Patria Vieja, al caudillo idealista y visionario que echó a andar a marcha forzada el movimiento emancipador y sin cuya decidida y valerosa empresa la Independencia de Chile se habría retardado incuestionablemente. Compartimos el juicio del autor: "El tiempo fijaría definitivamente su gloria como la del primer Jefe de la Revolución Emancipadora. En el corto tiempo de tres años (1811-1814) había conseguido so-

cavar desde su base un dominio de tres siglos y había preparado el derrumbamiento final del poderío español".

Después del desastre de Rancagua vino el exilio pero no la inactividad ni el desaliento para el general Carrera. En noviembre de 1815 viaja desde Montevideo a Estados Unidos, sin más recursos que su voluntad y su prestigio, y obtiene una flotilla y armas para seguir luchando por la independencia nacional. El hecho de haber conseguido cinco buques a crédito en un país extraño, cuyo idioma hubo de aprender, además de reflejar el temple de espíritu y la capacidad del prócer, muestra claramente su visión marítima. Ya en 1813 había equipado y armado en guerra la que fuera nuestra primera fuerza a flote, compuesta por la fragata "Perla" y el bergantín "Potrillo". Desafortunadamente, no prosperó ninguna de las dos tentativas de Carrera por contar con una marina capaz de enfrentarse a la corona de España y cortar la llegada de tropas y pertrechos desde el virreinato de Lima o desde la metrópoli. Pero, no cabe duda que su genio militar intuyó meridianamente, antes que cualquier otro, que la libertad de América Latina dependería del dominio del mar. Así lo deja en claro, en nota de febrero de 1817 al Director Supremo argentino, Honorio Pueyrredón, a quien reitera su ofrecimiento de servicios para pasar a Chile con su escuadrilla naval: "Parece que cambian las circunstancias, a vista de la gloriosa acción de Chacabuco, pero no cambia la necesidad de dominar el Pacífico, único paso que puede asegurarnos la ruina de nuestros aprehensores". Díguese V.E. reflexionar sobre tan interesante asunto, no olvidándose que puede duplicarse la fuerza de la flotilla sin desembolso de este erario y que debe contarse con la seguridad y protección que he in-sinuado a V.E. (la de Estados Unidos)".

A nuestro juicio, ya sería hora que un buque de línea de la Armada Nacional luciera el nombre ilustre del general José Miguel Carrera, en homenaje a su acción señera de forjador de la emancipación chilena y en reconocimiento a su visión de la importancia del poder naval. Es cierto que siempre nos han faltado buques para honrar la memoria de muchas figuras preclaras del mar de Chile y que recién durante el actual gobierno se ha venido a hacer justicia histórica a don Diego Portales, bautizando en su honor una nave de guerra. Mientras tanto, en la nomenclatura de las unidades que habrán de seguir fortaleciendo nuestra escuadra habría que considerar al capitán Pedro Angulo, al comandante Carlos García del Postigo, al contador-comisario don Domingo Espiñeira, entre otros muchos que han prestigiado el historial de nuestras glorias navales en la guerra y en la paz.

Pero, volviendo al interesante libro de Fernando Campos Harriet, habrá que reconocer su levantado objetivo y su perdurable actualidad, pues cumple cabalmente la noble tarea de divulgar la obra positiva y audaz de don José Miguel Carrera, "que embarcó a la Patria Vieja por las rutas de una vida libre", y su extraordinaria existencia, plena de brillo y satisfacción durante cortos años y repleta de aventuras y desventuras en la época de su exilio, que terminara ignominiosamente en el cadalso de Mendoza el 4 de septiembre de 1821, a los diez años justos de su primera intervención en la política chilena. El autor cierra adecuadamente su biografía del "Húsar Desdichado" con los inspirados versos de Pablo Neruda que popularizara la música armoniosa de Vicente Bianchi:

"...Una descarga en su pecho
abrió un manantial morado.

Pasan y pasan los años,
la herida no se ha cerrado..."

